



Crónica Literaria

Por ALONE

Niño de lluvia, por BENJAMIN SUBERCASEAUX (Sig Zag, 4ª Edición)

Hay niños de lluvia. "Los niños de lluvia nacen tristes, al decir de las grúas; no es verdad: nacen preocupados, lo que no es lo mismo". Daniel nació "niño de lluvia", y tuvo que traer el invierno y la preocupación desde más allá de la vida: porque el mundo le ofreció, como don gratuito, cuanto es posible ofrecer a un niño en la cuna.

Elno lo dice, entre las virtudes de Daniel se cuenta, sin duda, también hereditaria, la discreción, el buen tono (adiferente, pero se ve entre todas las líneas de su relato, que es muy sobrio y lo más impersonal posible en una autoinspección celada estrictamente a los hechos. Habían por él la gran casa, la mujer muy elegante encrespándose para el baile, la profusa servidumbre y hasta las altas palmeras temibles del patio.

No, los problemas de Daniel no derivan de aflicciones económicas: sociales ni podrían utilizarse por ese lado; vienen de más adentro y los resume este hecho afortunado, difícil de explicar: hay también "niños de sol", niños que, desde su nacimiento, desbordan alegremente, como primaveras tormentosas, que se desarrollan con ferocidad y tienen hambre de conquista.

Los niños de lluvia serían los más felices de la tierra si no existieran también los niños de sol.

La diferencia entre ellos crea el drama.

Los niños de sol, por ejemplo, lanzan el trompo envuelto en sí misma de cuerda y el trompo baila festivamente, gira en un vértigo de colores superpuestos, como un pequeño tor vivo, especie de gnomo fugaz. El niño de lluvia no puede hacer eso: milagros, el trompo no le obedece; la cuerda se enreda; en vez de adquirir esa vitalidad maravillosa y repentina, el toro de madera con su púa punzante le vuelve a la mano y se la golpea.

He aquí la diferencia entre los niños de sol y los niños de lluvia y he ahí el drama de la infancia misteriosamente apocada.

Daniel la ha vivido y lo cuenta de un modo extraño, con humorismo, con ligeras gotas ácidas, pero no amargas. Daniel no es un amargado. Se sabe superior, como generalmente se saben los niños de lluvia, a quienes pertenece el reino interior. De ese dominio secreto, obscuro, cerrado, la poesía brota sordamente y la complacencia profunda. Jamás se queja Daniel de la vida; la observa y de su observación nace el dolor.

Junto al humorista preocupado, penetrante, lleno de curiosidad, hay en Daniel un pequeño poeta que transforma el universo visible y audible y lo convierte en espectáculo. Una tarde suena la campana de alarma. "Daniel sintió la opresión inevitable. ¿Por qué le temía a la campana? Se unían pesadillas a su recuerdo: muchas en que despertó sobresaltado creyendo que ardía la casa; sólo sonaba la campana en el silencio, tinieblas, bruma, mientras moría la "mariposa" en grandes destellos, como bellos terribles alas de sombra... Otras veces la campana de la Bomba le forjaba sueños como de fin de mundo. Los astros, inmensos, en una noche roja, bajaban en tropel sobre la Tierra, aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Daban golpes las esteras, produciendo sonidos de campanas y despidiendo unas como luces de Bengala que caían sobre la familia vestida de luto". Así son los sueños que tienen los niños de lluvia en su noche invernal. Ellos creen que esta noche no va a terminar nunca, que jamás serán "grandes": marchan aprisionados en la infancia como está el padre muerto en su retrato.

La noche de esa tarde en que sonó la campana —16 de agosto de 1906, Daniel tenía cuatro años—, la madre, alta y hermosa, se esbozaba las uñas con prolijidad en el lavatorio de plató. "Fue ella quien dijo la primera: —¡Está temblando!" En el terremoto visto por un niño, un admirable terremoto que se inicia con cierta inquietud en las piernas, agita después, violentamente, la limpieza de gas, sus talpas rosadas, sus penas colgantes, hadas de terror, y: "De pronto, con brutalidad cotidiana, un empujón horizontal, como una resaca del suelo, hizo que el pequeño Daniel se aferrara del peñador, mientras la madre enloquecida, apoyando una mano sobre la mesa, para no caer, estrechaba fuertemente al niño con la otra. El estrépito se hacía ensordecedor. —¡Salgan hasta el umbral! ¡El umbral..." No tardaron, hasta ahora, en la literatura chilena un vec tan fiel y tan perfectamente estilizado de la catástrofe como ese cuadro de una página en que el niño de lluvia relata sus sensaciones.

El libro de Benjamin Subercaseaux abunda en esa clase de notas precisas, y al mismo tiempo, impregnadas de emoción, hechas blandas y vivientes por la fantasía. Tiene por ahí, a veces,

las rápidas sentencias agudas de Radiguet, el hijo menor de Proust, y un fantasma de la postguerra. Su prosa, rica en giros y galicismos, se hace dulce y personal, crea un ambiente propicio a las evocaciones que desea sugerir y junta sabiamente lo particular a lo general, la delicadeza del colorido al toque realista de un dibujo fuerte. Pero no desentona. Al mismo tiempo que se ha agudizado su penetración psicológica, su ejecución artística se ha vuelto más fina, más ágil y de una liviandad que, en las letras nacionales, debe contarse como una sorprendente bendición.

La corteza terrestre del criollismo, habitualmente dura, se hace esponjosa y feraz bajo los pasos del niño de lluvia. Recordamos "La Última Niebla", el admirable poema de María Luisa Bombal. Esto está menos distinguido, menos próximo al superrealismo; aquí hay un estudiante de psicología experimental y un hombre que exige cosas más concretas: pero la realidad tiende a trasmutarse de continuo y el tono es puro, excelente. Se siente, a cada rango, la creación fácil, el descubrimiento.

Y todo podrá no ser algo de una importancia extraordinaria; pero forma un conjunto profundamente agradable. En su esfera y para su intención, nos parece perfecta.

Niño de lluvia [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Niño de lluvia [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile